LA IMPORTANCIA DE LA DISCIPLINA

Por Lácides Martínez Ávila

A diario escuchamos hablar de la disciplina. Hay quienes la justiprecian y la ven como algo positivo, mientras otros la detractan y la juzgan como algo negativo.

Pero, al margen del concepto u opinión que se tenga de la disciplina, lo incuestionablemente cierto es que su importancia es tan grande que toda organización que carezca de ella estará condenada, sin remedio, al fracaso.

La disciplina siempre ha sido, es y será la base o punto de apoyo de las más elevadas realizaciones. Cuéntase que Kant, el célebre filósofo alemán, era tan disciplinado en su trabajo habitual que todos los días a la misma hora hacía exactamente lo mismo. Acostumbraba, por ejemplo, irse a estudiar diariamente a un parque de Köenigsberg, su ciudad natal, y no dejó de hacer esto ni un solo día, siendo tanto así, que una ama de casa que lo veía pasar solía decir: "Ya son las cuatro, porque acaba de pasar el filósofo".

La disciplina no es otra cosa que la observancia, el acatamiento, de las normas de una organización o profesión. Así aparece definida en los diccionarios, y puede inferirse de allí su capital importancia para la buena marcha de una empresa o institución.

Requiere de un gran sentido de la responsabilidad. Disciplinarse es habituarse a trabajar bien: con orden, precisión, constancia y eficiencia. Donde no hay disciplina, es indudable que se enseñorean el caos y la anarquía.

Es de fácil deducción que la disciplina no surgió como una imposición caprichosa de leyes o normas, sino como una necesaria formalización de la responsabilidad humana. Puede decirse que es el resultado de la tendencia lógica y natural de darle forma y organización a las actividades del hombre, ya que, de no ser así, no podría haber progreso alguno.

No es, pues, ni rigor ni autoritarismo, sino orden y organización, para un mejor funcionamiento, evitando la desviación y el desarreglo. El mismo Kant la definió como "la constricción por la cual la tendencia constante a desviarse de ciertas reglas es limitada y por último destruida". Y agrega: "La disciplina impide al hombre que se desvíe de su destino, de la humanidad, cediendo a sus inclinaciones brutales".

Desde este punto de vista, puede decirse que las Sagradas Escrituras constituyen un magistral y portentoso manual disciplinario, y asimismo, si observamos el universo y la disposición de las cosas de la naturaleza, podemos apreciar que, desde una perspectiva general, toda la Creación es orden, disciplina.

Las funciones generales de la disciplina, según A. M. Micheletti, son señalar el camino que hay que andar, evitar los riesgos intrínsecos o extrínsecos que puedan ocurrir, y sancionar las voluntarias desviaciones.

Más que imponer reglas, la disciplina busca suscitar en el individuo un propósito interno de obrar con responsabilidad y lealtad. De ahí que no se deba pretender sólo una sujeción física y exterior, pues ésta no engendra hábitos internos (antes, provoca a las veces la reacción y excita a la resistencia), sino que es necesario conseguir el asentimiento interno racional, pronto, gustoso, identificado con el ideal del superior, merced al respeto, amor y confianza que aseguran el prestigio de la autoridad.

En este orden de ideas, conviene a la disciplina el que cuando se tenga que reconvenir a alguien, se le haga de buenas maneras, y, una vez que se le haya hecho, se le trate con amabilidad y afecto, para que, de esa forma, él o ella entienda que la intención de quien le reconvino no fue otra que la de ayudarle. Es esto lo que algunos, en la actualidad, han dado en llamar *disciplina con amor,* la cual es preferible, y cualitativamente superior, a la *disciplina por temor,* pues aquélla cala mucho más hondo que ésta en el corazón humano. Al aplicarla, se pone de manifiesto el hecho de que el amor, genuinamente ejercido, hace innecesario el uso de la fuerza o el poder.